

## Una novela de pretensiones simbolistas: *La evocadora* de Enrique Bustamante y Ballivián

Jim Alexander Anchante  
(Universidad Antonio Ruiz de Montoya)

*La Evocadora* (Talleres Tipográficos de la Penitenciaría, 1913) debe ser una de las novelas menos conocidas de la literatura peruana. Sin embargo, su autor fue bastante conocido en su tiempo.

### El autor

Enrique Bustamante y Ballivián nació en Lima el 2 de noviembre de 1883, en el seno de una tradicional familia de clase media. Aparte de la literatura, se dedicó al periodismo y a la diplomacia. También dirigió la revista *Contemporáneos*, la cual tuvo la firme propuesta de defender y propagar el modernismo. Asimismo, fundó en Lima la Compañía de Impresiones y Publicaciones, conocida como CIP, en donde ayudó a promocionar y difundir a algunos de los jóvenes valores literarios de su tiempo. Fue un tenaz difusor de la obra de José María Eguren y un incondicional colaborador de José Carlos Mariátegui, después de haberlo sido de Abraham Valdelomar. Falleció en su ciudad natal el 11 de febrero de 1937.

Publicó los siguientes libros de poesía: *Jardines* (Lima, 1909), *Elogios* (Lima, 1910), *Arias de silencio* (Lima, 1915), *Autóctonas* (La Paz, 1920), *Antipoemas* (Montevideo, 1926), *Epopéya del trópico* (1926), *Odas vulgares* (1927) y *Junín* (1930). Sin duda alguna, la crítica peruana tiene una deuda con su obra.

### Los paratextos

Carlos García Bedoya define el *paratexto* como “todo aquel material que acompaña al texto en sus cercanías (2019, 68). En ese sentido, incluye el prólogo, el epílogo, las notas e ilustraciones, así como el título mismo de la obra y su subtítulo si lo tuviera, el nombre del autor, la(s) dedicatoria(s) y los epígrafes. Destaco este concepto para analizar *La Evocadora*, pues dicha novela presenta un subtítulo y una dedicatoria que son fundamentales para su interpretación.

El subtítulo del libro es “divagación ideológica”. Empecemos con el primer término. La acepción de “divagar” que nos interesa es la de “hablar o escribir sin concierto ni propósito fijo y determinado” (DLE). Ahora bien, dicha “inconsistencia” discursiva va a ser decisiva en el periodo

cultural en que se publicó la novela. Cronológicamente hablando, *La Evocadora* se publica en una época en que el Modernismo era el movimiento director de la literatura hispanoamericana. Y, como sabemos, dicha estética se nutrió en especial de tendencias como el parnasianismo y el simbolismo franceses. Sobre este último, la palabra “divagación” alcanza tal relevancia que incluso Stéphane Mallarmé, uno de los maestros del Simbolismo, titula así uno de sus libros (*Divagations*, París, 1897). ¿Cómo podemos entender dicha divagación literaria? Pues con una de las citas más famosas del autor de *Un coup de Dés*:

Nombrar un objeto supone eliminar las tres cuartas partes del placer que nos ofrece un poema que consiste en adivinar poco a poco; **sugerirlo**, éste es el camino de la **ensoñación**. En el uso perfecto de este misterio anida el **símbolo: evocar** paso a paso un objeto con el fin de manifestar un estado del **alma**; o, a la inversa, escoger un objeto y extraer de él un estado de alma, a través de una cadena de desciframientos (Bustamante 415-416; mi resaltado)

Sugerencia, ensoñación, misterio, símbolo, evocación y alma deben ser los términos clave de la novela en cuestión. Pero no nos adelantemos. Debemos sintetizar la “divagación” mallarmeana como esa búsqueda de “sugerir” una imagen, no de definirla o describirla. Es una “evocación” para manifestar un estado del alma. Y justamente es en ese “uso perfecto del misterio” donde anida el símbolo. Debemos precisar que la manera como Mallarmé “explica” dicha estética debe ser así mismo “oscura”. Y es en este momento que podemos hablar de “ideológica”. *La Evocadora* es una divagación ideológica en la medida en que también transmite un “mensaje” o conjunto de ideas, aunque claro que desde la técnica de la sugerencia. Ya desde aquí podemos reconocer el programa simbolista. Pero no nos adelantemos.

A continuación, viene la dedicatoria:

A José María Eguren

Para ti que en la eternidad dolorosa de nuestras noches, conociste a estas almas de misterio, vivas en la realidad de un ambiente que quizá esté fragante de rosas futuras, son estas palabras, alocadas y graves.

Tú, que conoces el secreto de estas páginas, verás en ellas, ya que también sabes el de mi alma, muchos puntos verdaderos de una línea que ignoro en qué momento ni en qué lejanía cerrará su viaje interminable. (Bustamante 7)

Como dijimos, Bustamante y Ballivián no solo compartió amistad con el autor de *La canción de las figuras*, sino que también fue uno de sus mayores admiradores y difusores. Esta novela es un

homenaje a Eguren, el mayor y quizá único representante del simbolismo en la literatura hispanoamericana. Dicha deuda se observa desde el primer párrafo. *La Evocadora* ha sido escrita en un estilo marcadamente egureniano. Aunque, claro está, con resultados diferentes, como veremos más adelante.

No quisiera pasar al siguiente punto sin detenerme un momento en otro paratexto clave: el mismo título. La palabra “evocar”, “recordar” o también “traer algo a la imaginación por asociación de ideas” (DLE) forma parte del léxico mallarmeano en su búsqueda suprema de la creación del símbolo: evocar paso a paso un objeto con el fin de manifestar un estado del alma. Dicho proceso de ensoñación es lo que se busca en el texto de Bustamante sin ambages. Pasemos ahora a la novela.

### ¿Novela?

Estamos de acuerdo con Luis Beltrán Almería cuando afirma que la novela es, ante todo, un “fenómeno cultural” y que, en ese sentido, se transforma en cada época y estilo en que se ha desarrollado en los últimos dos mil años (Beltrán 18). Sin embargo, más allá de las excepciones de rigor, un aspecto clave de su naturaleza es su narratividad, entendida esta como “una sucesión de hechos o sucesos que se desenvuelven a lo largo de un tiempo determinado” (García Bedoya 195-196). A partir de lo anterior, ¿podemos entender *La Evocadora* como una novela?

En cuanto a su trama, en *La Evocadora* no sucede prácticamente nada. El narrador-personaje nos habla de cuatro hermanas: Carmen María, Heliadora, Eulalia y Engracia. Nos da referencias de sus características físicas y “espirituales”, así como de la villa que habitan y de otros personajes y situaciones secundarias. En general, toda la historia gira en torno a la contemplación de las hermanas por parte del narrador, así como de las reflexiones que realiza a partir de dicha contemplación. Sin embargo, entendiendo la narrativa como un conjunto de acciones, podemos afirmar que sí se puede apreciar su desarrollo. Observemos solo el primer párrafo:

En la paz de la villa ponían las cuatro hermanas la gracia de ensueño lánguido de su manera. Mis pupilas, ávidas de alma, las vieron surgir en mi sendero como la visión armónica de un friso de la Acrópolis. Ello fue cuando cruzaron con la ingrávida blancura de los vestidos flotantes, como la visión de un mármol que viviera. (Bustamante 9)

Destaquemos los verbos “poner”, “ver” y “cruzar” como ejemplo de acciones. Es en ese sentido *La Evocadora* es un texto narrativo, así como también son narrativos varios poemas de Eguren.

Sin embargo, lo más importante en este texto no es lo que acontece, sino lo que se contempla, así como las reflexiones de dicha contemplación.

El narrador-personaje es el testigo medular de la Naturaleza que contempla, en la cual se encuentran, como ya dijimos, las hermanas en cuestión y el paisaje (la villa). Sin embargo, dicha Naturaleza es la representación simbólica de “cosas ocultas”:

Épocas pasadas, misteriosos símbolos de las fuerzas latentes, sondeantes interrogaciones al futuro, infinito e insondable; sólo vive, sólo se explican, en el sueño, en la evocación, en la parte inmaterial y primitiva del pensamiento, en las regiones de lo inconsciente, alejadas del espíritu arbitrario de lo científico y catalogable. (Bustamente 23)

Cual los simbolistas, la ideología del narrador es anticientífica: critica el conocimiento causal y aboga por uno cuya realidad no puede ser experimentada ni aprehendida, solo “evocada” a través de sensaciones que se corresponden con determinadas formas o colores. Con ello volvemos a la famosa “teoría de las correspondencias” iniciada por Emanuel Swedenborg (1688-1772) y desarrollada por Charles Baudelaire (1821-1867). El mundo que vivimos es la “evocación” de otra cosa que no pueda ser entendida por el vulgo, sino solo por aquellos individuos que buscar trascender lo material a través de las formas sinuosas del tiempo. En ese sentido, “una mujer, una línea, un sonido, una frase, vaga y nebulosa, pueden reconstruir una época, una civilización, muertas a muchos siglos” (Bustamante 24).

Ahora bien, aun cuando el narrador destaca la belleza física y espiritual de las cuatro hermanas, se detiene particularmente en Engracia, pues siente por ella una profunda atracción que, cual los mejores cuentos de Allan Poe y los mejores poemas de Eguren, tiene un funesto desenlace. Es realmente Engracia la evocadora: una imagen que no se opone, sino que forma parte de esa Naturaleza que, a decir, del poeta, “es un templo de vivos pilares vivientes / que a veces salir dejan sus palabras confusas” (Baudelaire 95).

Había en su sabiduría inconsciente [de Engracia], tal instinto comprensivo del gesto, que lograba hacer que las rosas, abandonándose en su propia languidez de su decapitación, hablaran un lenguaje hierático que descubría el secreto de su alma sensitiva, mientras esperaban en los búcaros la hora solemne y trágica en que se mustiaran los pétalos en el deshojamiento mortal. (Bustamante 51; mi añadido)

Este pasaje nos parece uno de los más egurenianos en estilo y en cosmovisión, pues subyace un panteísmo trágico donde belleza y deterioro se corresponden sin contradicción poética: cual los mejores poemas de *Simbólicas*. Así, tranquilamente Engracia puede equiparse con aquellas musas fantasmales que habitan los poemas de Eguren, tales como la Diosa ambarina, Shyna la blanca o la Dama i, entre otras.

La novela, si bien narrativa, es marcadamente descriptiva (abundan los adjetivos y las frases adjetivas) y reflexiva. Su carácter “ideológico” se expresa en aquellos momentos en que se establece una dicotomía entre pasado y presente. Por ejemplo, opone la vigorosa belleza del paganismo frente al sentimiento culposo del cristianismo. A partir de dicha lectura, infiero el carácter esencial de la “evocación” en la capacidad de retrotraernos a un mundo donde la Humanidad y la Naturaleza no se oponían, sino que eran una sola. Era el tiempo mítico donde se “creía” en los símbolos del alma sin las dudas que el intelecto nos impone. Y ese mundo rodeado de imágenes oníricas o símbolos del alma solo se podían contemplar a partir de la contemplación extática de la Belleza. No olvidemos que el símbolo solo puede ser asido en su doble perspectiva de carne y espíritu: “Frasas vagas, tonos indecisos, sentimientos esfumados, túnicas en que la línea se pierde y vacila. Siempre una ley armónica en las actitudes y en el alma. ¡Oh, las tardes en que velaban sus carnes vaporosas telas rosas en que la línea se ceñía y palpitaba!” (Bustamante 84).

La visión del narrador en *La Evocadora* es que las reminiscencias sobre la Belleza son cíclicas, es decir, se van repitiendo a través de la historia, aunque con diversos matices (llamémosles líneas, colores o sensaciones). Aunque, curiosamente, en un momento también se propone un inicio y una evolución. Aquí podemos comenzar a distinguir la pretensión simbolista de esta novela con la propuesta estética de José María Eguren: en su poesía se presentan diversos referentes culturales, pero estos se pierden en la visión mágica de su mundo. En cambio, en Bustamante son casi de una claridad programática:

En el desarrollo evolutivo de la sucesión de ideas y de razas, fui a los momentos que a mi alma con paralelos, antiguas civilizaciones en que los instintos vivían con toda la fuerza de una sed armónica y fatal de la belleza y de lo trágico. ¡Grecia! ¡Alejandría! Edades pretéritas en que la carne y el alma tuvieron una **existencia más clara**, poderosa de fuerzas iniciales, ciudades en que bajo las murallas donde las cohortes guardaban la paz con sus escudos, sus flechas y sus lanzas, ofrecían las heteras sus cuerpos ungidos con un óleo amoroso, fragante de mirtos y de jazmines... (Bustamante 93; mi resaltado)

Dicha “existencia más clara” vuelve problemática la estética simbolista de Bustamante en *La Evocadora*. Pasemos ahora a hablar del simbolismo.

### **Hacia una estética simbolista**

En Hispanoamérica, el simbolismo francés se aclimató tímidamente, pues si bien Rubén Darío y los demás exponentes del Modernismo destacaron nombres como Baudelaire, Verlaine, Rimbaud y Mallarmé, emplearon sobre todo los recursos técnicos y estilísticos del otro movimiento poético: el Parnasianismo. Ello se evidencia en especial en libros como *Prosas profanas* (1896). En realidad, los experimentos de los simbolistas van a ser mayormente apreciados en un periodo posterior: la eclosión de las vanguardias. Por ello, me parece interesante una propuesta como *La Evocadora*, pues en el año de su publicación aún se mantenía vigente ese modernismo de raigambre parnasiana.

Referencias: los paisajes rítmicos de Laforgue, la melancolía gris de Verlaine, el paisaje de lo desconocido de Maeterlinck y la solemnidad espiritual de D’Annunzio. *La Evocadora* nos propone una importante muestra de autores, pinturas y composiciones musicales, así como referencias históricas y mitológicas que se explayaron a lo largo de todo el movimiento simbolista europeo, en especial francés. En ese sentido, su proyección estética es tan interesante como la de Eguren, aunque con la evidente diferencia de que en el autor de “La niña de la lámpara azul” hay creación novedosa y original de un universo poético, mientras en Bustamante se aprecia una suerte de continuidad del estilo egureniano en consonancia con el preciosismo parnasiano.

Un ejemplo de lo anterior se evidencia en las alusiones grecolatinas del narrador a la hora de expresar su sufrimiento ante el amor fallido hacia Engracia:

¡Y qué distintos hubieran sido nuestros amores en las épocas lejanas de la Arcadia en que, bajo la sombra de los laureles, cruzaban los cuerpos con alegres estremecimientos, naturales y rítmicos, por el césped que hollaban Pan, Dionisios y Venus y los caprípedes faunos, bajo los cielos claros y transparentes de Grecia, en cuyo ambiente vibraban los sonos bucólicos de la siringa y la flauta!..... (Bustamante 88)

Recordemos que los parnasianos y modernistas exaltaron el mundo grecolatino en tanto representante un pasado lleno de belleza y heroísmo. En general, dichos “cielos claros y transparentes de Grecia” son ajenos a la poética simbolista.

Pero ¿cómo entendemos la poética simbolista? Permítaseme recordar la oposición entre las concepciones poéticas que nutrieron la poesía hispanoamericana de entresiglos. Convencionalmente, se han aplicado los adjetivos “descriptivo” y “cromático” a la estética parnasiana, mientras que a la simbolista se le ha atribuido lo “sugerente” y “musical”, o “musicalmente sugerente”, por decirlo de otra manera. Y justamente esa representación *sugerente* de su realidad autónoma, de ese particular y propio universo poético, es lo que nos conduce por el camino oscuro, enigmático y denso del símbolo. Por ejemplo, Bertrand Marchal nos recuerda que Mallarmé, el maestro indubitable de los simbolistas, nos decía que el símbolo “ne renvoie nullement à quelque arrière-monde que ce soit, mais nomme ce qui fonde une poétique non narrative et non descriptive, une poétique antinaturaliste autant qu’anti-parnassienne dont l’instrument s’appelle l’allusion ou la suggestion”<sup>1</sup> (Marchal 35). Esa *suggestion* o sugerencia del *símbolo* simbolista (valga la redundancia) es la definición más genérica de la propuesta poética del movimiento en cuestión. Ello, además, va a vincularse con otros aspectos, técnicos y a la vez ideológicos, tales como la concreción del verso libre y del poema en prosa (este segundo iniciado por Aloysius Bertrand [1807-1841] y por Baudelaire, y continuado por Rimbaud y los decadentistas, cada uno a su manera), además de una *sensibilidad* en general insatisfecha, propensa al nihilismo y la imaginación, así como a una obsesión particular por la muerte.

*La Evocadora* puede ser clasificada como una novela simbolista en la línea de lectura que clasifica textos como *À rebours* (1884) de Joris-Karl Huysmann (1848-1907) de la misma forma. Por ello, es más exacto llamarla “novela poemática”. Ahora bien, volviendo a la “deuda” con Eguren, otro detalle sustancial tiene que ver con la extensión: ninguna de las prosas más extensas de Eguren excede las diez páginas. Bustamente ha querido sostener en casi 100 páginas una visión simbolista del mundo (Naturaleza y Belleza), lo cual vuelve al texto indefectiblemente repetitivo y algo pesado. Sobre este punto, sería importante recordar la capacidad de síntesis del símbolo egureniano estudiado por Américo Ferrari:

---

<sup>1</sup> “no refleja de ninguna manera a algún *arrière-monde*, sino que nombra lo que funda una poética no narrativa y no descriptiva, una poética antinaturalista en tanto que antiparnasiana, cuyo instrumento se llama alusión o sugestión” (mi traducción). El *arrière-monde* es un concepto nietzscheano que señala la tradición filosófica que se busca superar.

El símbolo poético egureniano (...) no refiere unívocamente a una idea, sino que su objeto es un verdadero haz de intuiciones que se agrupan atraídas entre sí por la dinámica propia de la simbolización, y se ramifican: así, la niña de la lámpara refiere, en diversos escalones, a la esperanza, a la poesía, al sueño, a la salvación del naufragio, a la síntesis de los contrarios y a la posibilidad de abolir la dualidad, por consiguiente al camino que puede llevarnos al conocimiento de lo absoluto, que es lo desconocido. (Ferrari 57)

En *La Evocadora*, Bustamante busca crear este efecto de síntesis en la figura de Engracia, pero la extensión del texto difumina su imagen de manera tal que solo quedan chispazos de su evocación simbólica. Se busca que el enlace total se desarrolle a través de la sugerencia del lenguaje, pero el “efecto hechizo” del que hablaba Mallarmé para la poesía, se entrecorta con las monótonas reflexiones sobre el pasado referido.

El simbolismo en general problematiza la noción de *representación* poética que, más allá de la *mimesis* aristotélica, se vinculaba tradicionalmente con una suerte de creación inspiradora, la cual sin duda alguna evidenciaba remanentes cristianos. Al ponerse en crisis el ideal cristiano, así como la visión que se tenía de la sociedad y sus ideales, también se pone en crisis la forma en que el arte representaba al hombre y al mundo. En ese sentido, la autonomía simbolista puede ser interpretada como la construcción de un nuevo ideal y de una nueva fe (el arte) sobre las ruinas de lo precedente. La novela de Bustamante busca sintonizar con dicha problemática, pero a ratos se queda en la descripción del episodio. Con ello, no busca solucionar la paradoja en que nos mete dicha estética: expresar con un lenguaje mágico la aparición deslumbrante del símbolo. Bustamante es consciente de dicha paradoja cuando inserta estos versos del belga Georges Rodenbach (1855-1898):

¡Silence! Deux senteurs en un même parfum :

Penser la même chose et ne pas se la dire... (Bustamante 95)

Se puede pensar en el símbolo (dos senderos en un mismo perfume), pero no se lo puede decir. Por ello, el simbolismo como concepción literaria va a destacar nítidamente por su oscuridad semántica, con un Mallarmé que llevaría a su extremo dicho anhelo. Sin embargo, también es necesario recordar que no podemos hablar de un solo simbolismo. Verlaine, Rimbaud y Mallarmé enfrentaron cada uno a su manera ese límite de las “sensaciones del alma”. Quien reflexionó de manera un poco más sistemática ello fue el autor de *Divagaciones* y ya hemos visto cómo términos clave de su estética (sugerir, evocar, alma, símbolo) aparecen constantemente en la novela de



Bustamante. Dicho de otra manera: simbolista es *La Evocadora* en sus pretensiones estéticas, aunque no llega a expresar ese efecto hechizo que el simbolista aspiraba para sus poemas.

En general, considero que la propuesta literaria de Enrique Bustamante y Ballivián en *La Evocadora* es de un simbolismo programático en sus fines, con un lenguaje que tiene momentos de musicalidad palpable. Sin embargo, la idea que busca plasmar (el mundo del símbolo antiguo perdido entre las ruinas del cristianismo) se torna algo repetitiva y cansada. La imagen de Engracia, la “evocadora” de la historia, se pierde un poco entre las disquisiciones del narrador. Aun así, dicho texto se alinea con las prédicas que en ese momento se tenía del simbolismo.

A la obra monumental de Eguren, así como a ciertos experimentos de González Prada y algunos azares de Alberto Ureta, es necesario también sumar la novela *La Evocadora* de Bustamante y Ballivián, que ha pasado completamente desapercibida por la crítica, como proyecto de un movimiento simbolista dentro de los senderos algo sinuosos del Modernismo hispanoamericano.

## Referencias

Anchante Arias, Jim. *El simbolismo francés y la poesía peruana*. 2018. Universidad Nacional Mayor de San Marcos: Tesis para obtener el Grado de Doctor.

Baudelaire, Charles. *Las flores del mal*. Cátedra, 2012.

Beltrán Almería, Luis. “La novela, género literario”. *Letras*, no. 66, 2019, pp. 13-45.

Bustamante y Ballivián, Enrique. *La Evocadora*. Talleres Bibliográficos de la Penitenciaría, 1913.

Ferrari, Américo. *El bosque y sus caminos*. Pretextos, 1993.

García-Bedoya, Carlos. *Hermenéutica literaria: una introducción al análisis de textos narrativos y poéticos*. Editorial Cátedra Vallejo, 2019.

Illouz, Jean-Nicolas. *Le Symbolisme*. ADAGP, 2004.

Mallarmé, Stéphane. *Divagaciones*. Alastor Editores, 2020.

Marchal, Bertrand. *Le Symbolisme*. Armand Colin Éditeur, 2011.

Núñez, Estuardo. “La poesía de Enrique Bustamante y Ballivián”. *Letras*, no. 6, 1937, pp. 79-109.

Oviedo, José miguel. *Historia de la literatura hispanoamericana: del romanticismo al modernismo*. Alianza Editorial, 2012.

## **Sobre el autor**

Jim Alexander Anchante es doctor en Literatura Peruana y Latinoamericana por la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, doctor en Estudios Iberoamericanos por la Université Bordeaux Montaigne (Francia) y docente investigador de Renacyt. Ha publicado los libros *Poesía, ser y quimera: estudio de La mano desasida de Martín Adán* (2012), *Las figuras del cazador: símbolos, alegorías y metáforas en Simbólicas de José María Eguren* (2013) y *El laberinto de la palabra: ensayos de literatura peruana* (2018); también el manual de comprensión y producción de textos *Horizontes de la palabra* (2016), así como numerosos artículos en el Perú y en el extranjero. Ha enseñado en la Pontificia Universidad Católica del Perú y en la Universidad Ricardo Palma. Actualmente enseña en la Universidad Nacional Agraria La Molina, la Universidad San Ignacio de Loyola y la Escuela de Posgrado de la Universidad Antonio Ruiz de Montoya. Es director de la revista de investigación *Tierra Nuestra*, del Departamento de Ciencias Humanas y Educación de la UNALM.